

de sofisticación técnica al que hemos llegado hoy es tal que no sólo se nos hace difícil imaginarnos nuestra vida sin algunos elementos técnicos fundamentales (la casa, el fuego, la rueda y sus derivados, el viejo arado y los que le han sucedido...), sino que ni siquiera concebimos el desenvolvernos sin adelantos mucho más recientes como son la luz eléctrica, los electrodomésticos, los coches, los ordenadores... Pues bien –como decía– resulta muy significativa y muy oportuna para lo que nos ocupa la versión del mito de Prometeo que encontramos en el *Protágoras* de Platón.⁴ Allí, el sofista Protágoras cuenta, a su modo, este mito, que resumo brevemente: hubo una vez un tiempo en que sólo existían los dioses, pero llegado el momento de que todas las especies animales y el hombre saliesen a la luz, Epimeteo fue el encargado de distribuir entre ellas los distintos talentos y capacidades. Pero lo hizo de tal modo que cuando llegó a la raza humana había gastado ya todos los dotes y no sabía qué hacer. Entonces Prometeo, viendo al hombre desnudo y descalzo, robó a los dioses la capacidad técnica y el fuego, para ofrecérselos al hombre. El resultado fue bastante notable: los hombres inventaron el lenguaje, construyeron casas y vestidos, cultivaron el campo... Pero pasaba el tiempo y vivían todavía dispersos, lo cual los exponía a muchos peligros de la naturaleza. Cuando intentaban vivir juntos con la creación de ciudades, pronto discutían entre sí y se atacaban unos a otros tanto que de nuevo se dispersaban y perecían. Entonces Zeus, al percatarse de ello, decidió intervenir para dotar al hombre con algo de lo que aún carecía: justicia y respeto: «Zeus, entonces, temió que sucumbiera toda nuestra raza, y envió a Hermes encargándole que diera a los hombres el respeto y la justicia (*aidos y dike*), para que hu-

4. Platón, *Protágoras*, [320c-322d], en *Diálogos*, vol. I, Madrid: Gredos, 1981.